

ENTRE CASANDRA Y GODOT

Publicado en

**RAZON
Y FE**

REVISTA HISPANOAMERICANA DE CULTURA

Número 894

julio-agosto 72

ENTRE CASANDRA Y GODOT

La épica griega y el teatro moderno se hermanan en la común preocupación por la peripecia del hombre ante el devenir del tiempo. Casandra, que profetiza el futuro a los troyanos, y los perplejos y desarbolados personajes que consumen su tiempo “Esperando a Godot”, representando dos maneras distintas, coinciden en ser dos actitudes ante el futuro.

Todos hoy hablan del futuro de España. Lo lastimoso es que los discursos, las declaraciones y los artículos oscilan entre dos riesgos igualmente esterilizantes. Entre los que se derivan de imitar a Casandra y los que se ponen a esperar a Godot. La manera troyana de auscultar el futuro, de mirar al futuro, es una manera muy típica. Se trata de “conocer” el futuro. Implica una sólo levemente disimulada carga de fatalismo, de determinismo, de aceptación resignada, temerosa y temblorosa de “lo que va a pasar”. Como si fuera inevitable y sólo cupiera adivinarlo para preparar el ánimo para la prueba. Hay, sin duda, individuos y grupos que alertados de la catastrófica connotación del “casandrismo” intentan una mirada al futuro consciente-

mente cargada de optimismo. Pero aunque los tales sean Casandras al revés, y quizá por ello mismo, siguen fieles al modelo "casandriño" en lo que tiene de contemplativo. Son los que "sueñan" el futuro. Gaston Berger nos ha advertido que "soñar es lo contrario de proyectar. En lugar de poner en marcha la acción nos aparta de ella, nos hace gozar con la imaginación del fruto de un trabajo que no hemos realizado".

Los hay, por otro lado, que prefieren ponerse a esperar a Godot. Son una doble e igualmente patética falange compuesta tanto por los que en los caminos del exilio llevan tres decenios esperando a un Godot que no acaba de llegar, como por los que de esta frustrada y frustrante "primavera política" pasada sólo han sacado la repetición monótona del anual deporte del deshoje de las ajadas margaritas cuyos pétalos son "listas" de crisis. Ambas especies de zoon politikon al uso hispano comparten una y la misma característica: el aéreo divagar cabalgando sobre un olímpico desconocimiento de los hechos, de los hechos gruesos, profundos, telúricos y fundamentales del cambio de una España en cambio en un mundo en cambio.

España vive un proceso de cambio social acelerado. Y hay empecinados que como en aquella canción "camp" de los Xei recitan el estribillo "No hay novedad, señora baronesa". Veinte millones de españoles han nacido ya después del 18 de julio de 1936. Más de un millón se ganan el pan en Europa no por ser exiliados políticos sino por serlo laborales. Porque aquí no hay trabajo suficiente. Los cientos de millones de dólares que amasan con su sudor y remiten con su cariño a los suyos apuntalan nuestra balanza de pagos y financian el equipamiento industrial. Seis millones de españoles han sacudido de sus sandalias el polvo de los pueblos miserables donde rumiaban su hambre y se han aglomerado en las ciudades luchando con dientes y uñas por el cotidiano sostenimiento de sus familias. El slogan yankee "Joven, vete al oeste" se ha transmutado en este país en el de "Joven, vete a la ciudad". Y los impenitentes nostálgicos de su

adolescencia, ciegos a los cambios, persisten en insistir en que "No hay novedad señora baronesa".

El mundo gira, y la salvaje aceleración del cambio tecnológico empuja, causa y, en permanente "feed-back", es efecto de un proceso de cambio social acelerado. Las técnicas de ayer quedan superadas hoy para saberse mañana sustituidas por no se sabe qué. Los esquemas de comportamiento (imprescindibles para manejarse en la vida cotidiana) aprendidos en la niñez se quedan obsoletos y hay que estar continuamente actuando a lo Penélope, tejiendo y destejiendo los nuevos modos de hacer. Esa imperiosa necesidad de adaptación continua es tanto más difícil de cubrir cuanto más años se tienen. Los españoles maduros, los españoles "que hicieron la guerra", sienten temblar el suelo bajo sus pies porque ahora sí saben por quién doblan las campanas. Doblan por alguien que ha muerto de inservible, alguien que fue, hasta ayer mismo, el refugio tradicional y seguro de los viejos: la experiencia.

Bloch-Lainé ha dicho con acierto que "lo que los hechos pasados anuncian es más importante que lo que explican". Lo que los hechos pasados anuncian es que la España de hoy es ya, y va a serlo seguro la España de mañana, un ámbito sociocultural en el que empieza a ser mucho más importante la habilidad para poner en marcha conceptos, ideas, teorías (o sea cosas aprendidas en un centro de enseñanza) que las capacidades adquiridas por la experiencia.

Este hecho, porque ¡jojo! es un hecho y no una opinión, tiene una consecuencia de "onda larga". En los centros de enseñanza, cuando no son grotescas caricaturas de centros de enseñanza dedicadas a la implantación en la memoria de un repertorio de fórmulas, lo que se aprende "respirando", por ósmosis provocada por el propio hecho de ejercer el pensamiento, es que no hay sociedades humanas perfectas. Que la historia nos muestra la inexistencia a lo largo del tiempo y del espacio de sociedades a salvo de la incertidumbre. Siempre nos

falta información para poder estar completamente ciertos, siempre nos falta capacidad de conocimiento para penetrar en la esencia de las cosas con absoluta certeza. Quizá sea perfecto el mundo y contenga en sí la posibilidad de la certeza. Pero los hombres son por su propia naturaleza imperfecta incapaces de la adquisición de esa certeza.

Y como quiera que no es posible que ningún hombre sepa todas las respuestas, cada respuesta puede ser exacta en parte y en un momento determinado. Siendo imposible la sociedad perfecta no queda más que la sociedad "histórica" lanzada siempre por su propia dialéctica interna a la búsqueda de nuevas soluciones. Tales que las que hoy son exactas pueden ser falsas mañana. La incertidumbre es constitucional del conocimiento humano. Y por ello lo son también el conflicto y el cambio. La sola idea de una sociedad sin conflictos supone hacer violencia, deformar la naturaleza humana.

Los nuevos españoles sienten esto. Lo respiran en el aire de su patria renovada. Viven en el cambio y lo saben reconocer. Aprenden también que los conflictos son consustanciales con la naturaleza desfalleciente del hombre. Saben que su España no va a ser una España sin cambios porque la sienten cambiar en la tierra que se agita bajo sus pies y en la sangre que aletea veloz en sus pulsos. Saben también que va a ser una España con problemas. Porque está viva y es joven. Y sólo los muertos y los viejos desahuciados carecen de problemas. Saben que va a ser una España con conflictos porque está poblada no por ángeles sino por hombres y mujeres de carne y hueso.

Y aceptan con serenidad el cambio, los problemas y los conflictos. Conocen bien el viejo dicho que afirma que la buena vida es cara, que hay otra más barata, pero que no es vida. Saben también que la vida humana es cambiante, problemática, conflictiva. Y que hay otra vida sin cambios, sin problemas, sin conflictos. Sólo que no es humana. Es la vida del rebaño. Y confrontados a un futuro en el que,

entre otros porvenires, figura el de la conquista de las estrellas y de los planetas, saben bien que el camino no pasa por la plácida tranquilidad arcádica del rebaño sino por la ardua de los conflictos institucionalizados. Porque sigue vigente un viejo lema: per ardua ad astra.